

En otra oda menos conocida le dice el poeta:

*Nací para ser tuyo;
viviré si esta gloria conservare;
la libertad rehuyo
y mientras yo reinare
olvideme de mí si te olvidaré.*

Y en otra regalada estrofa:

*Robaste mis entrañas
con uno de los ojos de tu cara,
y son cosas extrañas
las que el Señor declara
al que mirarte algún tiempo repara.*

Una antología lírica en la que se recogiera el tesoro poético de nuestra literatura dedicada a romancear y exaltar la gloria y la piedad, la hermosura y la benignidad de Nuestra Señora, sería una pura delicia, y nos daría una prueba de la riqueza, variedad y hermosura, y del fervor poético que los vates españoles han usado para celebrar las grandezas y las gracias de la que es Reina de los Cielos y Madre de Dios y de los hombres.

Pero es demasiado amplio y tentador el tema para que pueda ser desflorado rápidamente. Baste con señalar que es copioso y vario —la flor y el fruto rivalizan— el tesoro poético formado con los panegíricos, laudes y loores, himnos y jaculatorias, homilias y cancioneros, canciones y ditirambos, florilegios y glosarios, preces y deprecaciones, antifonas y letanias, que, a través de todos los tiempos cristianos, han inspirado la belleza y la contemplación de los atributos y perfecciones de la Santísima Virgen.

Los Santos Padres agotan el caudal de su lenguaje, que se turge y alabea en orquestadas modulaciones, para convertirse en ju-

bileo y epinicio, en cántico y en gozo de los privilegios y hermosuras de Nuestra Señora. Desde San Efrén a San Bernardo, de San Agustín a San Buenaventura rivalizan los santos, en un torneo de alabanzas, en un desangrarse en loores, en una alternativa competición de jaculatorias, para declarar con acento enamorado el misterio claro y mirífico de la Maternidad y de la Pureza, de la Corredención y de la Misericordia, que no cesa, de Nuestra Señora. Nuestro Santo Tomás de Villanueva, el obispo limosnero, fué el bardo arrebatado, el trovador incansable de las prerrogativas y atributos de la Virgen María.

Los himnos litúrgicos de las festividades de María son de inmarcesible hermosura. Pero es preciso caminar de prisa por entre esta floresta de hermosuras, recibiendo sólo el aire de su fragancia. La piedad mariana ha encontrado en la forma poética, lo mismo en la de arte mayor, ritmada y solemne, que en la de arte menor, popular y fragante, el recurso más adecuado para expresar el fervor confiado de las gentes en la que es Puerto y Refugio y Faro en mar y tierra.

*Tierra sois, María,
mar de pan llevar;
que la tierra morena,
María,
lleva el mejor pan,*

dice el Cancionero anónimo con ese encanto ingenuo, ese arte expresivo de lo popular. Y Lope de Vega, el de los villancicos, le dirá con aire inocente:

*Morenica me adoran
cielos y tierra,
que del sol de mis brazos
estoy morena.*